

El Hombre de las Ruinas  
Cuenta Fundada en sucesos verdaderos  
ocurridos en el Terremoto de 1868  
Cuenta por  
Francisco Javier Salazar



Quito 1.869

Imprenta de Juan Campuzano  
por Julio Villaricenis

# EL HOMBRE DE LAS RUINAS,

LEYENDA FUNDADA EN SUCESOS VERDADEROS,

**ACAECIDOS EN EL TERREMOTO**

DE 1868,

ESCRITA POR

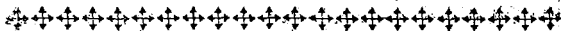
**FRANCISCO JAVIER SALAZAR.**

---

**QUITO, 1869.**

---

IMPRENTA DE JUAN CAMPUZANO.  
POR JULIO VILLAVICENCIO.



# EL HOMBRE DE LAS RUINAS.

---

## I

En medio de un ameno valle de color de esmeralda do serpean cristalinos arroyos, en cuyas floridas márgenes sacuden sus verdes coronas los encumbrados sauces, se halla un espacioso campo de pardos escombros y apiñadas ruinas, requemados por los rayos abrasadores que lanza sin interposicion de nubes ni de sombras el magnífico sol de la zona tórrida. Es lo que poco há se llamaba Ibarra, ciudad apasible y risueña, que arrullaba en su seno á unas diez mil personas, á quienes deleitaba con el suave aliento de una brisa tibia y olorosa, con la sombra gigantesca de corpulentos nogales, los variados matices de vistosas flores, el melodioso trinar de alegres avecillas y

los encantos de una amable sociedad, que estaba tan léjos de los resabios de las grandes capitales, como de la aridez y poca cultura de las rústicas poblaciones. En el día cuan mudado está todo! La ira del Dios de los ejércitos no ha dejado allí piedra sobre piedra; las casas de los hombres se han convertido en oscuras cuevas de hambrientos perros, los jardines en depósitos de podredumbre, las rectas y bien empedradas calles, en montones de pesados fragmentos de adobes confundidos con caidos tejados, desprendidas puertas, rotos muebles y empolvados jirones de las telas toscas ó primorosas con que ántes se cubria la humilde indijencia del pobre ó la altiva vanidad del rico propietario.

Con el corazon opreso y dolorido, recorria yo un dia ese tétrico recinto, mas imponente y espantable que un campo de batalla; porque en este se ven los estragos causados por la saña del hombre, y en aquel se contemplan los efectos de la cólera de Dios. Al cruzar las solitarias calles enterrándome hasta las rodillas en la frágil contestura de las derribadas techumbres, iba reconociendo de paso, con los ojos anegados en lágrimas las casas en que ántes habia hallado generosa hospitalidad, las plazas en que habia disfrutado de alegres espectáculos, los sitios que frecuentaba con mis amigos en los momentos de descanso, los templos en que tantas veces habia oido resonar la palabra divina, ora tierna y conmo-

vedora, como la de Jesús en la casa de la familia de Lázaro ya difunto; ora majestuosa y severa como la que solía fulminar contra los escribas y fariseos; ora amarga y desgarrante como la que anunció la ruina de Jerusalén; ora amorosa, caritativa, resignada sublime, omnipotente como las pronunciadas por los labios divinos que, por permisión del Altísimo, enmudecieron en el Calvario tocados por la elada mano de la muerte.

Preocupado así con innumerables ideas que se atropellaban y confundían en mi cabeza agoviada por el pesar, internéme lentamente en la solitaria ciudad. El sepulcral silencio que allí dominaba, no era de vez en cuando interrumpido sino por el siniestro aullar de uno que otro can, repleto de carne humana, hallada debajo de las ruinas, ó por el repentino bramido del viento que en ráfagas impetuosas sacudía los árboles y cubría el espacio de torbellinos de polvo, levantado en inmensas espirales de entre los escombros sacudidos por el terremoto. Los torrentes de luz con que el sol inundaba este sitio de horrosa desolación, caían sobre mí como brasas, y esto así como el aire pesado y fétido que respiraba, me hacía desear con vehemencia la frescura de alguna sombra un poco apartada de aquel enorme hacinamiento de casas convertidas en tumbas. Con la esperanza de hallarla, aceleré el paso dirigiéndome hácia al norte, y de repente hube de sorpren-

dermie en gran manera al ver sobre el centenario techo de una pequeña habitación venida al suelo desde los cimientos, un hombre, de alba y escasa cabellera, rostro enjuto y quemado, ojos hundidos y boca entreabierta, vacía de dientes, sentado en un grueso madero, con la mano á la mejilla, sin desprender la vista del punto en que descansaban sus pies, uno de los cuales estaba envuelto en un blanco pañuelo empapado en sangre. Por de pronto juzgué que la fuerza del dolor le habia como petrificado, y quise dirigirle la palabra para llorar con él; mas al acercarme, arqueó la ceja, apretó los labios y me dirigió una mirada feroz, cosas que me hicieron desistir de tal propósito y seguir mi camino.

## II

Al cabo de dos ó tres minutos, halléme en la pintoresca placeta de Santo Domingo: su convento estaba en tierra, y de su hermoso templo de cal y ladrillo, no habia quedado sino un resto de muralla en figura de una alta pirámide descansando sobre su vértice. Despues de admirar que la gran mole así dispuesta no viniese al suelo con la violencia de los continuos temblores que la sacudian, volví la vista á la derecha y observé una pequeña choza formada junto á una derrumbada tapia. Dirígeme á ella contento de haber hallado al fin un

asilo contra los rayos abrasadores del sol, me acerqué con recelo y con no poco trabajo á la baja abertura hecha en uno de sus costados, y ántes de dar un paso adelante, quiso descubrir á quien debia suplicar que me recibiese como huésped por algunos instantes. Hícelo así, y ví que el habitador de aquel improvisado tugurio era un venerable monge dominico, que incado de rodillas delante de un Crucifijo, parecia la estatua del penitente David, ofreciendo al Señor, en medio de congojoso duelo, su corazon contrito y humillado. Sus ojos nublados con el llanto, estaban como clavados en la adorable imágen del Redentor del mundo, y sus manos puestas en ademan de súplica: en su rostro macerado por la penitencia, resplandecia la virtud; su espaciosa frente desguarnecida de cabello, estaba como surcada por el dolor, y la barba blanca y tupida que le caia sobre el pecho, manifestaba los largos años que habia peregrinado en este valle de congoja y miseria.

No hai, á mi ver, sobre la tierra, un espectáculo mas interesante, conmovedor y sublime que el del hombre en oracion. Al traves de su ennoblecida fisonomía, parece que con los ojos materiales se ve la espiritualidad de su alma y que aun se palpa su eterna existencia. Al verle, el ateo mas pertinaz, habria de reconocer en nosotros, mas de su grado la imágen y semejanza de Dios. Mas, cuando la humana criatura aplica á sus labios la emponzo-

ñada copa: que, con mano temblorosa le ofrece balbuciente la crápula insensata; cuando le presta su locura y desfiguramiento la ceguedad de la ira; cuando la concupiscencia le pone en los ojos el siniestro brillo de su roja lumbre, entónces parece que el espíritu avergonzado se disfraza con la materia, y el hombre asume el aspecto y las propiedades del bruto.

Absorto en estas reflexiones y olvidado de mí mismo, estaba como enclavado delante de la choza del anciano, cuando repentinamente un espantoso ruido subterráneo acompañado de algunas fuertes sacudidas de tierra, vino á sacarme de la especie de arrobamiento en que me hallaba. Como por instinto volví la cara, eché una inquieta mirada á la muerta ciudad y alcancé á ver que su suelo, sembrado de arrasados edificios, se estremecía como el convulso pecho de un epiléptico en toda la fuerza del accidente. Solo el hombre sentado sobre las ruinas permanecía inmóvil en la misma situacion en que yo le habia dejado. Pronto pasó este alarmante conflicto de la tierra casi agonizante, y al volver la vista á la choza encontré en su puerta al religioso que la habitaba, el cual, haciéndome una graciosa cortesía, me dijo: fuerte sacudimiento, Señor de mi alma, casi igual al del terremoto: parece que ya esto se acaba. ¿No es así? Quizá ganariamos con ello, padre mio, le respondí, Dios no hace sino lo que conviene segun sus sabios é inescrutables designios. Es verdad, me replicó, como concen-



tradó en sí mismo, con voz grave y sentenciosa, pero terrible es el Señor en los momentos de su ira. Luego mudando de tono, añadió: el calor está mui intenso, os suplico que entreis á esta pobre cabaña, en la que á lo ménos hallareis sombra y buena voluntad de serviros.

Acepté gustoso tan cortés invitacion, y el padre me hizo sentar en una silla sin espaldar, escusándose con que era el único asiento que se habia podido extraer en tan mal estado de su arruinada celda. Como era natural, rodó la conversacion sobre la catástrofe de Imbabura, y aludiendo á ella me dijo: yo no tuve tiempo para nada; las paredes cayeron sobre mi estancia y me dejaron sepultado en ella, pero sin causarme daño: resignéme á mi suerte, me encomendé á la Virgen del Rosario, tomé entre mis manos un crucifijo que siempre tengo al pecho, caléme la capilla y me preparé á morir al rigor del hambre ó con la caida de alguno de los fragmentos de cal y ladrillo pendientes sobre mi cabeza que podian descender en uno de los continuos temblores que parecian destinados á completar la obra de destruccion casi consumada por el terremoto. Así permanecí nueve horas, al cabo de las cuales, un terrible estremecimiento de la tierra echó á un lado todo el material que estaba sobre mí y me dejó un claro suficiente para que pudiese salir; hice-lo como Lázaro, y aun me pareció oir la voz del Salvador que me decia, *veni foras*. Cúm-

plase, pues, su soberana voluntad! necesario habrá sido, añadió, dando un profundo suspiro, necesario habrá sido, que aun permanezca en este mundo para gemir todavía quien sabe hasta cuando, sin ver á mi Dios en la morada celestial. Así habrá convenido.—Sin duda, padre mio, para que no queden sin guia las almas que conducis al cielo por el camino de la virtud. Pero ¿por qué permanecéis en este sitio de muerte y horror donde todo pone miedo al corazón y angustia el alma?

—Por lo que veo, sois militar y sabéis que el centinela que abandona su puesto es castigado con pena de la vida. Si yo desamparase el mio mereceria el infierno. ¿No veis que bajo esos pesados escombros de mi iglesia están los vasos sagrados y el trono de oro esmaltado de rubíes y esmeraldas, en que tenia su asiento el Divino Cordero? Si yo no cuido de ellos vendrán los ladrones y los robarán. En cuanto á mí, nada he perdido; pues aquí está mi tesoro; y metiendo la mano al pecho sacó un hermoso crucifijo de marfil, fijó en él por un rato los ojos en que brillaban la fé y el amor mas puro, lo aplicó á sus labios, volviólo á mí señalándome con el dedo el clavo que atravesaba los pies de la hermosa efigie de nuestro Señor crucificado, indicándome que lo besara; hícelo no poco conmovido, y él con el semblante iluminado por una santa alegría, me bendijo con la cruz y la volvió á su puesto. Ved, hijo mio, prosiguió, dispen-

sadme que os llame así, ved si no tengo razón para permanecer en este sitio solitario en que no respiramos sino la muerte y yo.

—Y otro mas, dije, en tono algo enfático, aludiendo al hombre del pié ensangrentado.

—Le habeis visto? Infeliz! Ocho dias hace que acaeció el terremoto, y desde entónces allí, sin moverse, ve pasar alternativamente por este valle, la elada escarcha de la mañana, el calor sofocante del medio dia, la tarde acariciada por la brisa ó maltratada por la tempestad, y la fria noche flotando sobre las tinieblas ó sobre las nubes alumbradas por el pálido resplandor de la luna. No deja aquella techumbre despedazada sino para ir á los escombros de dos casas vecinas, quitar de ellas en ciertos puntos, no sé con qué objeto, algunos adobes y....

Un fuerte temblor, seguido de un ruido espantoso, dejó la palabra trunca en los labios del anciano, y nos obligó á salir de la placeta á ver lo que pasaba. Una gran masa de tierra habia descendido de la vecina loma, llevándose consigo enormes piedras y peñascos que, saltando por los precipicios de la pendiente, daban al fin con estrépito atrozador en el profundo cauce del Taguando.

### III

Pasada esta escena, y despues de un cuarto de hora mas de conversacion, quise volver á

la aldea en que estaba alojado, distante cuatro leguas de Ibarra; pero el religioso me detuvo con instancia, manifestándome que era tarde y que si me anochecía en el camino, me espondría á quedarme en él sin poder dar con los estrechos pasos que el terremoto habia dejado entre las anchas grietas y boquerones de que estaba cubierto el terreno. Resolvíme, en consecuencia, á pasar la noche con el anciano y por dejarle tiempo para sus oraciones, salí á dar un paseo, y me dirijí al sitio donde estaba el incógnito viejo, con el fin de observar desde algun paraje oculto todos sus movimientos y acciones.

La sombra inmensa y diáfana de la tarde habia reemplazado en la llanura á la brillantez de la luz solar, que se habia como refugiado á las crestas elevadas de la cordillera oriental. En medio de ella, asomaba la gigantesca mole del Cayambe, no ya nítida cual el diamante, sino del color rojo del rubí, pasando rápidamente por gradaciones insensibles al amarillo del topacio, y de este á otros de tintes mas suaves y de ménos brillo, hasta vestirse del azul de la bóveda celeste. El sol resplandecía aun en los confines del occidente, como un globo encendido naufragando en las ondas tumultuosas de nubes inflamadas, y luego escondió la mitad de su disco tras la cima del Cotacachi, que así engalanado con una aureola luminosa, se mostraba en lontananza desgarrado en todas direcciones, sombrío y toda-

vía amenazante despues de los estragos que pocos dias há, habia causado su infernal sacudimiento. Inmóvil delante de las víctimas humanas sepultadas bajo su planta; rodeado de una luz algo opaca y de cierta majestad siniestra y aterrante, se semejaba al arcánjel rebelde, cuando en su descenso á los calabozos eternos, se detuvo un instante sobre la tierra, como un astro eclipsado por la negra sombra del crimen, para reconocer el campo que mas tarde habia de convertir con sus maldades en un océano de lágrimas.

#### IV

Acerquémeme con paso cauteloso á un espeso nogal, y oculto por su tronco, ví que el incógnito que estaba cerca, sacaba del bolsillo una cuartilla de papel y la leía con avidez, pronunciando uno tras otro los nombres de varias personas, de las cuales algunas no me eran desconocidas. Despues guardando su papel, dijo en alta voz: todos muertos! y tomándose la cabeza con ámbas manos, añadió: MI DINERO! mi dinero! Levantóse en seguida, y andando con la precipitación que le permitia el pié lastimado, llegó á un techo no enteramente desbaratado, se descolgó por él al recinto que cubria y desapareció!

Movido de la curiosidad fuí á buscar en direccion contraria á la abertura por donde el incógnito habia penetrado, una rendija para

ver lo que pasaba, y habiéndola hallado, vi que el viejo andaba sobre sus manos y rodillas como un perro, trasegando los baules, cajones y despedazados roperos, como si buscara alguna cosa de suma importancia. Al fin, rendido de fatiga, se tendió en el suelo boca abajo, y recobrando un poco el aliento, se puso á ladear algunos de los adobes caidos hacia adentro; pues los mas se hallaban desmoronados á los lados de afuera, como habia sucedido por fortuna en muchas casas; lo cual explica el gran número de personas estraidas vivas, y aun sin lesion, de entre las ruinas y escombros. Al cabo de pocos instantes, se descubrieron los yertos pies de una víctima del terremoto: el desconocido, fijando en ellos los ojos que en ese momento estaban como para saltarle de su órbita, dijo: no me ha engañado el olfato, aquí está; y siguió con mas ahinco en su tarea de quitar adobes y tierra hasta que logró exhumar en el todo el cadáver de un hombre como de treinta años de edad, cubierto con una bata de lana de varios colores, y tan poco desfigurado que parecia sumergido en un delicioso sueño. El viejo le tomó entónces la mano derecha y examinándole con mucha atencion un anillo que tenia en el dedo índice, no equivale á la suma que le presté, dijo desconsolado, pero al fin algo es algo, lo tomaré. Quiso sacarlo valiéndose de sus largas uñas; mas como no pudo conseguirlo, acomodó el dedo entre las pun-

tas de dos carcomidas muelas y despues de ponerlas un buen rato en activo ejercicio, logró arrancarlo de la mano del muerto, se apoderó del anillo y puso en el pecho del cadáver el dedo trinchado y sangriento diciendo: quédate con él que no lo necesito.

Hecho esto, volvió siempre en cuatro pies, con la boca ensangrentada, como un chacal, á buscar el agujero por donde habia entrado, y yo me apresuré á emboscarme de nuevo en el mismo sitio en que ántes estaba.

Salió el hombre cubierto de sudor y de polvo, regresó al madero que le servia de asiento y se tendió sobre él como para descansar.

Un cuarto de hora habia pasado cuando se oyó cierto ruido debajo de los escombros de una de las vecinas casas. Era el que hacia un perro grande y esforzado como un oso africano, que por entre la palizada de un tejado sacaba á tirones con los dientes, un cadáver vestido de levita y pantalon azul, y tan fétido que me habria obligado á alejarme de ese lugar, al no estar prevenido á tales accidentes con un buen frasco de cloruro de cal que lo apliqué inmediatamente á la nariz.

El anciano se levantó al oír el ruido, y así que el muerto estuvo en campo raso, fué á reconocerle. Entre tanto, una bandada de cuervos acudió á tomar parte con el mastin en el opíparo banquete, y mientras el uno devoraba á bocados el cadáver, los otros

le hacian jigote á picotazos.

No sin trabajo llegó el desconocido al punto en que estaba el muerto: detúvose á alguna distancia de él, y despues de haberle visto mui bien con la ayuda de dos verdes anteojos, exclamó, él es, él es! se arrojó sobre el cuerpo como un lobo acosado del hambre, y se dió á buscarle los bolsillos de pecho con la una mano, tapándose con la otra las narices. El perro enfurecido con la osadía del viejo gruñó, mostrándole los afilados dientes, y miéntras duró la rebusca no se cansaba de morderle reiteradas veces el brazo empleado en la operacion, sin que su dueño lo retirase ni un instante, haciendo tanto caso de ello como de las heridas que á porfia le hacian con los fuertes picos los cuervos que revolaban sobre su cabeza, olvidados de su natural timidez, cosa que en los dias subsiguientes al terremoto acaeció con todos los animales mansos ó hurraños de las comarcas destruidas.

La vista del despedazado cadáver, entregado á la voracidad de los animales carnívoros que le rodeaban; el continuo revolar de las negras aves de rapiña, sus picos ensangrentados y su desasapable graznido; el aspecto feroz del hambriento perro, que roía el cráneo medio desnudo del hombre muerto, ó daba desesperados mordiscos al hombre vivo; la siniestra fisonomía de este, la sangre que le corria por el brazo y que asomaba al traves de la blanca chaqueta que cubria sus espaldas; lo téttrico de



las ruinas sobre las que venia ya á sentarse la tenebrosa noche, todo, todo contribuia á dar á la escena que yo estaba presenciando un carácter lúgubre é infernal.

Retiróse, al fin, el viejo á su base de operaciones con algunos billetes de banco en la mano despedazada por los colmillos del rabioso animal, y sentándose sobre su madero, los contó una y otra vez hasta que medio balbuciente dijo en voz desmayada: hai algo mas de lo que me debia: pase por la curacion de las mordeduras y heridas que por su causa he recibido.

## V

Pocos instantes despues apareció el sacerdote dominicano, apoyado en un grueso y nudoso báculo y despues de saludar cortesmente al del madero, le dijo: qué os ha sucedido, Señor, que estais tan ajitado y sangriento? Si puedo daros algun alivio estoi pronto á ello, mandad y sereis obedecido. Nada necesito, padre mio, sino tranquilidad y silencio, y supuesto que teneis la bondad de poneros á mis órdenes, sabed que el mejor servicio que podeis hacerme es el dejarme solo: os mando que os retireis.

—Pero veo que os corre sangre por el brazo; permitidme que os la contenga con una benda.

—Gracias, gracias, ella va conteniéndose

por sí misma. Si la hubieseis visto hace poco saltar como una pila, me habriais desauiciado; ahora es otra cosa; sobre todo siempre es provechosa una sangría despues de una fuerte insolacion? no es así?

—No siempre. En una edad como la vuestra, la pérdida de una gota de sangre puede causar la muerte. Sí, la muerte, reina y señora de estos sitios hoy tan solitarios y funestos y ayer no mas morada deliciosa de estas criaturas convertidas ahora en masas de podredumbre y que poco há se ajitaban en todo el vigor de una lozana existencia por hacer caudal para vivir muchos años; que se amaban ó aborrecian, reian ó lloraban; se embriagaban libando la copa emponzoñada de los placeres mundanos, ó, arrojándola léjos de sí, se acercaban al templo con el corazon humillado y ofrecian humildemente al Señor los suspiros de la contricion y las lágrimas de la penitencia. Dichosos estos últimos! ya han recibido su galardón, porque supieron asegurar los tesoros del cielo.

—Hai tesoros en el cielo—

—Sí, hijo mio, los de las buenas obras.

—Hum! Hum!

—Ai! Hacedlas, hacedlas! no es tarde todavía. Si el Señor os ha salvado del ciego furor del terremoto es, no lo dudais, para daros tiempo al arrepentimiento y abriros por medio de él las puertas de la bienaventuranza.... Moveis la cabeza?

Ah! Estais, hijo mio, al fin de la jornada. Los años que habeis vivido se disiparon como esa nube iluminada por los últimos rayos del sol, y que hace dos minutos volaba sobre vuestras cabezas. Dónde está ahora? El soplo de los vientos la ha desvanecido, y no tornará á encantar nuestra vista con sus variados matices, ni su sombra resbalará por entre las flores de la llanura. No la visteis? blanca al principio, se tornó luego en dorada, se encendió, despues como la púrpura, vistióse en seguida de violado, y últimamente robó su lobreguez á las tinieblas y desapareció en el espacio. *Fugit velut umbra.* Así es la vida! Alegría en la infancia, ilusiones en el límite que la separa de la juventud, ardientes pasiones en esta, desengaño y tristeza en la edad viril, desconsuelo y miseria en la vejez, nada en la tumba. Dedicad, pues, hijo mio, á llorar vuestras culpas los dias que os restan. ¿Qué digo dias? Sabemos acaso que Jehová ha suspendido ya los efectos de su santa ira? ¿No tiembla todavía el suelo á nuestros pies? ¿No se oyen aun esos aterrantes bramidos subterráneos que hacen aparecer la tierra como un cuerpo poseido del demonio?

—Y qué hai en ello? Mi madre la tierra me abrigará en su seno, como á esta poblacion que duerme en paz. De ella salí, á ella he de volver.

—Pero vuestra alma?

—Ah! Callad, padre, callad; harto padece

mi corazón saturado de amargura, para qué os empeñeis en aumentar sus tormentos? Retiraos: la noche está cerca, y los fantasmas que con ella visitan este sitio, os helarian la sangre en vuestras venas: dejadme entregado á la vigilia y á las sombras: meditaré en lo que me habeis dicho. Alejaos, si no quereis que me vuelva loco.

—Me prometeis pensar seriamente en mis palabras?

—Sí.

—Entónces me retiro por ahora, con la esperanza de volveros á ver en mejor camino. Adios, hijo mio, el Señor os preserve de todo mal.

El de las ruinas inclinó la cabeza, y el buen religioso se alejó con los ojos empapados en lágrimas.

Hundióse el sol en el occidente, y el crepúsculo de la tarde dió en el campo azul del espacio y en las montañas y valles de las destrozadas comarcas del Imbabura esas pinceladas misteriosas, cuyos tintes pálidos y apasibles hablan en su silencio del hombre y de Dios, con mas elocuencia que el ruido de las cataratas y el fragor de la tempestad. A esa hora el lento tañer de una campana solitaria convidaba algunos dias ántes á los piadosos moradores de Ibarra á la oracion y al descanso. Al oirla, toda la poblacion enmudecia, y de hinojos en las calles y plazas se imaginaba escuchar al traves de mil ochocientos años la voz

del Angel que saludó á María, reconociendo en ella á la futura madre de Dios. Desde el terremoto la campana silenciosa, cubierta de polvo y medio enterrada en el suelo, muda como la muerte, parece haber sido lanzada como un gran proyectil contra el pueblo sepultado hoy en torno de ella. ¿Y dónde está la elevada torre en que se mecía dando al viento esas sublimes vibraciones que significan recogimiento, oracion, plegaria, llanto, alabanza ó gloria celestial? Dónde el suntuoso templo á que servia, como una casta vírgen consagrada por toda su vida á dar culto al Todopoderoso? Ah! el Señor se muestra ménos terrible en su justicia hundiendo los montes en el abismo ó suspendiendo en lo alto las ondas de la mar para inundar con ellas los continentes infestados por las culpas del hombre, que demoliendo su propia casa y haciendo pedazos su santuario para trasladarse al cielo. La vista de un templo destrozado por la mano de Dios, nos trae á la memoria el tremendo dia en que la tierra por ella creada, convertida en mil fragmentos, desaparecerá para siempre al soplo de la cólera divina, dejando á la humanidad cargada de delitos, pendiente de los labios de su juez sobre el abismo de la eternidad.



## VI

El crepúsculo vespertino precursor de la noche, seguía comunicando á la poblacion ar-

ruinada aquella vaga é inspirada melancolía que le es tan peculiar; las golondrinas revolando con actividad, buscaban en vano sus nidos hechos en los huecos formados por las tejas destinadas á recibir las aguas de la lluvia: millares de insectos sacaban al aire con sus zumbidos la desesperante armonía de los sepulcros y volvian á posar sobre las improvisadas tumbas de las víctimas del terremoto; el lejano mugido del fatigado buey que asentaba la mole de su cuerpo entre el volcado césped de las dehesas entreabiertas y hundidas, se mezclaba con el balar de los rebaños que daban vueltas en los rediles, como si algo les inquietara, y el ruido aterrador de las entrañas de los volcanes se confundía á veces con el eco de torrentes desconocidos, y el estruendo alarmante de los peñascos que, desprendiéndose de los montes, caian á plomo sobre las llanuras. Tal era el concierto con que la naturaleza saludaba á la noche que venia presurosa á suspirar sobre las ruinas de Imbabura. En medio de esta lúgubre escena se oyó á lo léjos el lastimero sonido del *rondador*, instrumento inventado por la miseria solitaria y resignada para exhalar sus pesares en notas sublimes y melodiosas, que no pueden ser comprendidas si resuenan fuera de las mesetas rodeadas de los nevados que se elevan sobre las nítidas cumbres de los Andes.

A cada instante se oian mas cerca las dulces modulaciones de dicho instrumento, tocado por un niño ciego de unos nueve años de edad,

rostro ovalado y hermoso, aunque muy pálido, frente despejada, cabellos rubios, pendientes en largos rizos sobre los hombros, y boca graciosa y expresiva, adornada de iguales y blanquísimos dientes. Con paso lento y vacilante se dirigió hacia el lugar en que estaba el anciano de las ruinas, y cuando se halló á unos cinco pasos delante de él, dijo con voz armoniosa y melancólica.

—Por aquí debe estar. . . . Señor? Señor?

—¿Qué quieres respondió el viejo con enfado.

—Ah! Dios os guarde, tengo necesidad de vos. El pajarillo que ha perdido á su madre, desciende de su nido, y con mal seguro é interrumpido vuelo, va fatigado á buscar la fuente para beber, y ella nunca le niega las pocas gotas de agua que él necesita para mitigar su sed.

Dicho esto, guardó en su seno el *rondador*, se limpió el sudor del rostro, pasando por él las blancas manecillas, y entonó con inexplicable ternura y suave melodía una especie de yaraví con los siguientes versos:

Dadme una limosna  
Señor, que estoy ciego,  
Y angustiado lloro  
Sin pan ni consuelo.  
En aquel recinto  
de escombros cubierto  
mis amados padres  
yacen sin aliento.

Allí se elevaban  
de mi hogar paterno  
los macisos muros,  
el suntuoso techo.  
En su átrio crecía  
oloroso y fresco  
un lindo naranjo  
que era el embeleso  
de mi tierna madre,  
mi amor, mi recreo.  
Junto á él susurraba  
un arroyo bello  
de límpidas aguas  
que el florido suelo  
plácidas bañaban  
de un jardín ameno,  
por dó discurrían,  
tranquilos, contentos,  
los hermanos míos  
que del grato sueño  
dichosos pasaron  
al radiante Cielo.  
Solo yo he quedado  
en este desierto  
de la amarga vida,  
al rigor expuesto  
del hambre, del frío,  
sin paz en mi seno,  
sin luz en mis ojos.  
Y os pido por ello  
deis una limosna  
á este infeliz ciego



que angustiado llora  
sin pan ni consuelo.  
Así os galardone  
con el reino eterno  
el Dios de los pobres,  
el Dios de los cielos.

Acabado el canto, se quitó el humilde sombrero de fieltro que tenía puesto, y llevándolo en ademán de recibir algo en él, se acercó al anciano, que pareció por lo pronto algo conmovido al ver los desgarrados harapos que cubrían mal el cuerpecito de color de alabastro del desventurado huérfano; mas recobrando luego su natural impavidez, le dijo:

—Qué quieres que te dé, muchacho? No ves que he quedado tan pobre como tú? Acaso el terremoto ha respetado á los que algo teníamos?—Vete, pues, con Dios y déjame en paz.

—Sí, Señor, voime con Dios, que es mi padre amoroso. El me sacó de entre los escombros privándome de la luz del mundo, sin duda para concederme mas tarde la del cielo, y no me ha de dejar morir de hambre. Sed feliz caballero, y para ello no pongais vuestro corazón en los tesoros que son carcomidos por el orin ó arrebatados por los ladrones. El niño pronunció estas últimas palabras con el tono profético de un inspirado, y se alejó de aquel sitio, sacando tranquilamente de su rondador raudales de misteriosa armonía.

VII

La noche desplegó á pocos instantes sobre la tierra su pabellon azul bordado con las estrellas del firmamento. Bajo sus alas gigantes-cas y sombrías, reposaba la naturaleza entre-gada á la tranquilidad del silencioso sueño. Desde lo alto de las murallas destrozadas de la Compañía, el funesto graznido de la lechu-sa sobresaltaba á los cañes enroscados entre las ruinas, los cuales manifestaban su espanto con téttricos aullidos. Los cerros circunvecinos aparecían en el horizonte como titanes vesti-dos de luto, y las sombras caían en la ciudad desmoronada como un paño mortuorio sobre el lecho funeral de una vírgen segada en la flor de su vida por la guadaña de la muerte. Algun-as pobres mujeres escapadas del terremoto dormían á campo raso en los alrededores de Ibarra. Al verlas se habria dicho que el sue-ño las habia sorprendido en medio del dolor, junto al ataúd de una madre tierna y generosa.

Avanzada la noche hubo un recio temblor, y abierta la tierra en la inmediacion del lugar en que estaba el anciano de las ruinas, dejó salir de su seno uno como fantasma que en pié sobre la planicie de Ibarra, excedía en ta-maño á la mole del Imbabura. Su horrible ros-tro surcado por el rayo, despedía ciertos des-tellos de luz sepulcral y siniestra, que de-jaba entrever una fisonomía marcada con el

sello de la cólera del Omnipotente irritado y anunciaba una inmortalidad desventurada y maldita.

Puestas las manos sobre la cumbre de la montaña, con los brazos encorbados como los retorcidos vástagos de un viejo roble, dirigió por encima de aquella una mirada feroz á la parte meridional de las comarcas destruidas, y volviendo en seguida la cabeza al setentrion, recorrió con la vista los pueblos cercanos al valle del Chota, y con voz confundida por los hombres con el retumbo horrisono del trueno, dijo en amargo despecho: ¡ Quien creyera que este hermoso cataclismo haya dado tan pocas almas á las mazmorras infernales! La mayor parte de los que han pasado á la eternidad, han sido inocentes niños que se han elevado al Cielo como se elevan sobre el aire las blancas plumillas del pecho de una paloma despedazada por el plomo del cazador. Tanto aparato para tan poca cosa! Si EL me hubiera dejado obrar un solo instante. . . Ah! Entónces este átomo de polvo que se llama Tierra habria dejado de brillar como una luciérnaga en medio del espacio, y esa rasa infame que acaba por servir de pasto á los gusanos de los sepulcros, arderia para siempre en el infierno, y deleitaria mis oídos con los gritos de la desesperacion. Aguardaba á lo ménos que aquel viejo avaro de las orillas del Taguando tocase á las puertas de mis dominios, y aun en eso me he dado un chasco.

Al oír las últimas palabras el anciano á que aludía, se puso en pié y sin dar ninguna señal de temor, se presentó al monstruo y le dijo con altivez: Conque, te has acordado de mí? No es verdad? pues aquí me tienes en cuerpo y alma pronto á ser tuyo, con una condicion.

—Cuál es?

—Elige para mí el fondo de tu abismo, y quédeme yo allí por toda la eternidad sentado sobre mis talegos; pues me duele dejarlos en este mundo.

—Tanto amor tienes al dinero? No es extraño, pobre chispa de luz eterna incrustada en asqueroso barro. Tú te reías al ver al niño que te fué quitado por el terremoto, extender alegremente las manecitas para tomar el juguete que le ofrecía su madre, y no sabes que los niños obran en todo mejor que vosotros los viejos. Los juguetes de aquellos no les causan daño, como á los adultos el vil metal que desean y adoran.

—¿Y tenemos los hombres la culpa de ser lo que somos?

—Sabia reconvencion es esta, y sugerida por mí á tu entendimiento. Obra segun tus inclinaciones y no andarás errado.

—No te pido consejos, Satanás, atiende á lo que te propongo y habla sobre ello.

—Sobre ello? ¡Buen presumir que al fondo del infierno puede existir la moneda acuñada por los hombres! un solo átomo del fuego que arde en él, bastaría para derretir todos los me-

tales encerrados en las entrañas de la tierra.

—En tal caso, que se sepulte en las nías, liquidado como el agua que bebo, el oro que tantos desvelos me ha costado.

—No es posible: ese oro derretido se buscaría salida perforándote el vientre. ¿Sabes la diversion á que se dan en el infierno los avaros como tú? Ellos y los pródigos, llevando consigo enormes pesos, parten de opuestos lados, se dan furiosos topetones, y tornan á retirarse para estrellarse de nuevo. Tal es su eterno ejercicio. Lo aceptas? \*

Una palidez mortal cubrió el rostro del viejo; la sangre se le heló en las venas, y la lengua se le pegó entorpecida al paladar.

—Ah! desgraciado de mí, continuó el monstruo, que no pueda yo arrancarte de este suelo, planta parásita y nociva acá en la tierra; el clima que te conviene está aquí adentro. Al pronunciar la última palabra dió una patada en el suelo estremeciéndole desde sus cimientos; y desapareció.

---

\* "Come fa l' onda la sovra Cariddi  
Che si frange con quella in cui s' intoppa  
C'ossi convien che qui la gente riddi.  
Qui vid' io gente piu che altrove troppa  
E d' una parte e d' altra, con grand' urli  
Voltando pesi per forza di poppa;  
Percetevanse incontro, e poscia pur li  
Si rivolgea ciascun voltando á retro  
Gridando: Perchê tieni e perchê burli.

DANTE.



VIII

Entonces el viejo puesto de pié sobre las ruinas, cruzó los brazos, é inmóvil como una estatua, pronunció en voz llena y solemne las siguientes palabras:

*Se dan furiosos topetones y tornan á separarse para estrellarse de nuevo!* Terrible suplicio! tormento verdaderamente infernal. En cada choque, estos huesos míos se quebrantarán como si sobre ellos hubiese descendido un acrólito, mi cráneo se romperá en mil pedazos, y los sesos movidos en el cerebro, se revolverán dentro de su órbita como el lodo subterráneo comprimido por la fuerza de un cataclismo... *Se dan furiosos topetones!* Ah! toda mi carne tiembla horrorizada, y mi corazón se estremece como el parche del atambor al toque de redoble. Y *tornan á separarse para estrellarse de nuevo.* Eternidad de martirio! dolor sin medida, sin fin. Mi espíritu desfallece! el aliento me falta!... Ese oro... Hoi mismo me desprenderé de él; no, no; mañana... mas tarde... Jamás, jamás. Su brillo me embeleza, su sonoridad me arrebatá. ¿Es acaso una materia despreciable? Cuesta poco su adquisicion? Si el rico banquero pasa los dias agoviado en su pupitre, y se revuelca insomne en su dorado lecho, deseando que el canto del solitario le anuncie la llegada del alba para volver á sus tareas, ¿no es el oro el objeto de estos afanes y desvelos? ¿Por qué riega el labrador la

superficie de la tierra con el sudor de su frente sino por conseguir algunos tomines de oro? Quién agita el seno de las populosas ciudades con el continuo movimiento de la industria moderna? ¿quién puebla los mares con naves voladoras que surcan en todas direcciones las ondas estremecidas por el furor de la tempestad? ¿Quién hace dulce el trabajo, llevaderos los pesares, entretenida la soledad, leves las privaciones y soportables las dolencias sino el deseo del oro? ¿Quién sino él pone en el corazón del pirata ese indómito brío, ese desprecio del peligro con que se lanza á las olas declarando guerra á muerte al género humano? ¿Y quién sino él llega á ahogar en el pecho del hombre esos afectos, fuentes de tribulacion y de amargura, nacidos de su lastimosa debilidad; que le ligan al amigo, al pariente al hermano, á la madre? Responda en este sitio el cadáver del hombre que medio enterrado bajo las paredes de su casa, no habia concluido aun la palabra SOCORRO dirigida en voz doliente á uno de sus hermanos, cuando este, no como Cain, por envidia de la virtud de la víctima, sino por hacerse de su oro, le privó de la existencia, separándole del tronco la cabeza con una barra:

Yo mismo en estos momentos de duelo general miro con ojos enjutos estos escombros que sepultaron á mi esposa y mis hijos. Solo ya, como estoi en este mundo, con nadie tengo que partir los tesoros que poseo. Y á buen seguro, que si hubiera sido necesario cometer un

crímen para librarme de esa familia en mala hora adquirida, no hubiera vacilado hacerlo, siempre que en ello no me fuese la cabeza. Grande es, por consiguiente el poder del oro, una vez que tiene á su servicio á todos los hombres. Yo no quiero dejar de ser esclavo de tan ilustre amo. Pero estoi ya en la pendiente que termina el valle de la vida; la muerte abre á mis pies con la una mano la loza del sepulcro y con el índice de la otra me señala con imperio su lóbrego recinto. Sí, estos huesos, estos nervios, esta piel que forman mi cuerpo, están al reducirse á polvo, y mis riquezas van á pasar á manos de cualquiera que las halle. ¿Por qué, pues, no he de despedirme de ellas ántes de mi último instante, si á costa de tan pequeño sacrificio me puedo libertar de la desdicha eterna que me espera mas allá de la tumba? Sin embargo vacilo, no sé que hacerme: despegar mis afectos del oro que con tanto trabajo he adquirido, seria para mí tan doloroso, como arrancarme del pecho á pedazos el corazon; continuar en la misma clase de vida que tengo, seria entregarme desde ahora á la voracidad del remordimiento y á los asaltos de un justo temor. Humanidad, humanidad! Flotas sobre el mar borrascoso de la vida al impulso de pasiones encontradas, como las plantas marítimas que van y vienen sobre las ondas amargas, hasta que al fin son arrojadas á alguna playa árida y desierta donde se secan y perecen.

Al terminar estas palabras cayó como heri-



do de un rayo, y con la frente en el suelo lloró amargamente.

## IX

Lleno de confusion y terror abandoné en este estado aquel terrible sitio y fuí á pasar el resto de la noche en la choza del dominicano, á quien hallé durmiendo el tranquilo sueño de los justos. Por la mañana le referí lo que habia presenciado y él me dijo con grande contento: es un auxilio de Dios que quiere mover á penitencia á aquel hombre desventurado; quizá me espera arrepentido de sus culpas para confesarlas con humildad y dolor. Voime á buscarle. Practicada la brecha en las murallas de una fortaleza, es preciso lanzar á ella, sin pérdida de momentos, las columnas de ataque al paso redoblado. ¿No es así Señor?

Aplaudí el santo celo del venerable varon, me despedí de él agradeciéndole la hospitalidad que me habia concedido y suplicándole me escribiese sobre el resultado del paso apoatólico que iba á dar en ese momento.

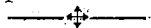
Ocho dias despues recibí de él el siguiente aviso:

El dia de nuestra separacion hallé al anciano de las ruinas atado de piés y manos con fuertes ligaduras, al borde de una escavacion hecha en el suelo de una de las piezas bajas de su casa. Algunos bandidos guiados por un antiguo indíjena que habia enterrado el dinero de su amo por mandato de este y á su

presencia, le habian robado el tesoro escondido la misma noche en que me referisteis los estraños sucesos de que fuisteis testigo. Al ver al infeliz en tan deplorable estado me apresuré á desatarlo, y habiéndole dirigido la palabra conocí que estaba loco. Desde entónces anda sin cesar sobre las ruinas; con el vestido hecho girones, recogiendo piedrecillas y cubriéndolas con tierra, lleno de sobresalto. Se imagina el desgraciado que los bandoleros han dejado su dinero esparcido por el suelo; de temor de la justicia, y se empeña en coleccionarlo y enterrarlo como solia hacerlo cuando estaba en juicio. El niño ciego á quien, segun me informasteis, negó una limosna, es el que con esmerada solicitud le busca todos los dias para partir con él el pan que recibe por caridad de los habitantes de estas comarcas.”

“A última hora. El infeliz anciano ha fallecido repentinamente. Su cadáver con los ojos abiertos y los puños cerrados, ha sido encontrado sobre los escombros de su casa. Dios tenga misericordia de su alma!”

Tal ha sido el trágico fin del hombre de las ruinas. El habia hecho un ídolo de su oro, y ese ídolo le privó de la razon, y luego de la vida. Nadie se acerca á su sepulcro para humedecerlo con una lágrima ni depositar en torno de la tosca cruz de madera puesta sobre él, una corona de flores amarillas, una humilde oja de verde siempreviva.



# IBARRA EL 16 DE AGOSTO.



Duerme la apacible Ibarra en su lecho de flores, bajo la extensa bóveda de un cielo despejado en que brillan innumerables estrellas.

El Imbabura, como un centinela avanzado, proyecta en todas direcciones las sombras de su inmensa mole, i parece contemplar orgulloso la hermosura de su hija predilecta.

El soplo de un viento sosegado causa en la limpia superficie de la laguna Yaguareocha un movimiento semejante al del seno de una virgen que sueña en el primer ósculo que ha de imprimir en su mejilla el joven preparado á recibirla por esposa.

Los saucés del Ajavi, encumbrados como las palmas del Guayas, inclinan muellemente sus verdes coronas sobre las techumbres de la blanca ciudad; i sus ramas apenas sacudidas producen un susurro tenue i melódico como el arpa de Eolo.

Las dos torres asbeltas, ligeras i elevadas de la Compañía, sentadas sobre la casa del Señor, parecen dos ángeles destinados á indicar á los habitantes de las cercanías el camino del Cielo.

En Jótitananza se divisa el colosal Cotacachi envuelto en un manto transparente de brumas diáfanas i blanquesinas. Sus picachos desgarrados por antiguos cataclismos están cubiertos de nieve: su base descansa en el abismo, i su cabeza se pierde en el azul del espacio.

Quizá ningún mortal presencia las escenas de la noche: ella sola vela rodeada de sombras: de vez en cuando le ilumina la faz melancólica el destello de una luz viva i movible que resplandece un instante en el horizonte i se esconde con la rapidez del relampago tras las crestas negruscas de la cordillera occidental.

La paz i la tranquilidad reinan por donde quiera. Si alguna santa mujer se despierta sobresaltada por un sueño siniestro i dice con voz trémula *Jesus me favorezca*, nadie le responde *amen*.

¿I quién había de pensar que á esa hora de calma i de reposo resbalase por la mente del Eterno un pensamiento de exterminio?

Oh! Despiértate, despiértate, noble hija de los sencillos Caras, que ya el Todopoderoso te señala con el dedo i arroja sobre los hornos que arden en el centro del globo una mirada severa que indica su soberana voluntad....

Estruendo subterráneo, oleages de la tierra que imitan á las ondas de la mar, caída de todo sobre todo, destruccion, polvo, tinieblas, el hombre convertido en cadáver, el prado en quebradones, los costados de los montes resimblando i desmoronándose sobre los torrentes, cuyas aguas hacen alto como espantadas; varias colinas i lomas, como granadas tiradas de rebote en una batalla, salvando á saltos el terreno i acabando por hacerse pedazos en las llanuras que boquean como un agonizante.... I en el Cielo? Allí sin duda los serafines han dejado de tañir sus arpas de oro; las vírgenes han hecho caer sobre el rostro resplandeciente sus velos estrellados; los insensarios inmortales é inteligentes que se columpian al pié del trono del Altísimo han desendido de golpe á las platas de los ángeles que los mueven; la Madre de Jesus tiene las manos puestas sobre el pecho i su semblante se hialla como al pié del Calvario. Solo Dios está impassible.

¿Qué es, pues, de tí, Ibarra pintoresca, morada de los suaves zéfiros, embalsamados por jasmínes i madre selvas? ciudad del cielo espléndido i alegre i de los sauses sin rival? qué es pues de tí, Ibarra, pueblo hospitalario que me concediste en tu seno horas de solaz i de consuelo en los dias de mi tribulacion?

Dormias tranquila en tu lecho de flores cuando agitada derrepente por las convulsiones de la agonía te viste hundida en un abismo entre esombros i astillas.

Tus templos han saltado en fragmentos, como campanas de vidrio golpeadas sobre el yunque por el martillo del herrero, i bajo tus piedras destrozadas han desaparecido tus altares reducidos á polvo.

Tus casas se han convertido en montones de tierra desmenuable, i en vano sería buscar con la vista los vestigios de tus rectas calles.

Las hojas de tus árboles se han agobiado con el peso de la ceniza i sus raíces ven el sol, mal seguras en un suelo entreabierto i amenazante.

El silencio, reclinado sobre tus ruinas, aplica inquieto el oído á los tejados, desechos sobre el pavimento i percibe sobresaltado uno que otro grito tembloroso i confuso debajo de los fragmentos de paredes desgarradas.

Aquí i allí saltan espectros i fantasmas que han salido de los escombros como si hubiera sonado para los muertos la trompeta del juicio final.

Una muger, jóven aun, avanza casi desnuda con el cabello desgreñado i un niño moribundo en los brazos. Pronuncia sécamente un nombre que debe ser el de su esposo, i añade —espera, espera: se acerca á una cosa negra que parece una figura humana, reconoce luego que es un escombros detenido por una puerta casi derribada, da un grito de consternacion, retrocede i se pierde entre las ruinas.

Mis hijos! mis hijos! exclama un anciano en pié sobre un techo venido al suelo. Por piedad ayudadme á desenterrarlos. Aquí,...aquí. Nadie pasa, nadie le oye.

¡Animo, madre mia, dice un jóven sacando con esfuerzo por el espeso tejido de una caída cumbreira la cabeza sangrienta i empolvada.... Por Dios amigo, sálva á una señora que está aquí enterrada: siento su frente en mi rodilla i yo voi á espirar. Un indio vestido de blanco, á quien se dirigen estas palabras, se acerca al que las ha pronunciado; le mira, se encorva de hombros se sonríe i sigue su camino.

Arrastrándose penosamente sobre la tierra que comienza á sacudirse de nuevo, se mueve con lentitud un hombre con ambas piernas hechas pedazos; detiénese sobre un monton de pesados adobes: vives? exclama, habla, habla... ya te oigo, espera. Dáse luego con desesperacion á raspar con las manos los escombros i nada consigue; raspa una i otra vez, se desmaya i muere, con los dedos enclavados en las rendijas de la tierra.

Llega la aurora, i á la luz de sus albores se vé que Ibarra se ha convertido en una sola inmensa tumba.

Aquellos de sus hijos que no quedaron sepultados por la ira del Señor vagan hambrientos i desnudos por los campos téricos i volcánicos de los alrededores. Extranjeros en su propia patria no hallan asilo bajo los caidos umbrales de sus antiguas habitaciones, ni pan en sus graneros, ni agua en las fuentes de sus atrios.

Los ricos propietarios piden de caridad á sus conciertos una choza para albergarse i una limosna para no morir de hambre.

Los pobres perecerian, si nuestro gobierno no les hubiera extendido una mano misericordiosa.

Sobre la fértil é industriosa Imbabura ciérne hoy el Angel de la muerte sus gigantes alas. La miseria se arrastra entre los gusanos que brota la podre del sepulcro, i los cadáveres pasan de sus lechos hundidos al vientre de los perros.

¡Ah! ¡Por qué no despertaste, noble hija de los Caras, cuando el Señor te señalaba con el dedo? Quizá tus plegarias hubieran apartado de su diestra el rayo exterminador. Entonces tú estarías aun en pié sobre el césped de tus verdes campiñas, i yo no habría tenido que dejar á mis inocentes hijos entre las nurallas bamboleantes de la consternada Quito por venir con el corazón destrozado á derramar sobre las ruinas imponentes del mas suntuoso de tus templos una lágrima solitaria arraniada por el dolor.

Caranqui, á 16 de agosto de 1868.

Francisco J. Salazar.

QUITO.—IMP. DE M. RIVADENEIRA, POR JUAN MONCAYO.